

FRANCESCA

Lunes

Siempre piensan en vampiros. Joder, qué típico. Ella solo quiere desayunar y por eso se ha sentado en la mesa más alejada, al fondo de la tienda, con el bollo aún sin tocar, envuelto en la servilleta. El café arde. Se pregunta qué les pasa a los británicos, que solo le han cogido el punto de temperatura óptima al té. Todo lo demás está o demasiado caliente o demasiado frío. Siempre piensan en vampiros y no es una manera demasiado buena de arrancar la mañana, que ya ha empezado gris y algo perezosa.

Le duele tanto la cabeza que la aspirina ha pasado por su cuerpo sin pena ni gloria.

—¿De dónde dices que eres? —vuelve a preguntar.

Lo peor es que es mono. Tiene un aire al cantante de Muse, con esa cara cuadrada y el pelo muy bien cortado, de un negro intenso, y viste ropa de marca. Con barba de un par de días. Es mono y no le importaría nada que se hubiera acercado a hablarle si no fuera lunes, si no le doliera la cabeza, si no tuviera que ir a Camden con Kali. Y si el café no ardiera como el mismísimo infierno. Y si Emma no le hubiera gritado anoche, cuando volvió tarde por quedarse a recoger en casa de Warren. Total, Emma no había querido ir, pues problema suyo. El chico sería mono si no hubiera dibujado una sonrisa con esos labios suaves y rosados cuando ella respondió a la pregunta.

—Transilvania —dice de nuevo.

—¡No jodas! ¿Eres pariente de Drácula?

—Que te den.

Y risas.

Se va, escaldado. Francesca sabe ser muy borde cuando quiere, sabe poner esa expresión en la mirada, con la boca torcida, de «aléjate por donde has venido», casi sin pensarlo. Le había pasado lo mismo al llegar al instituto, cuando la presentaron.

—Esta es la alumna de intercambio, Francesca —dijo el profesor—. Se va a quedar en casa de Emma, así que sed amables con ella. Es de Transilvania, Rumanía.

Y alguien había soltado una risita. Está segura de que fue Warren, aunque nunca ha podido confirmarlo. Nunca se lo ha preguntado directamente, pero es su estilo. Se ríe de todo y de todos.

El chico se aleja y la deja allí sola, con su café ardiendo, con su bollo sin tocar. ¿Y qué demonios hace en Victoria Station de todos modos? Cambiando de línea, en dirección a Camden, a las nueve de la mañana, con ese dolor de cabeza y la sensación de que todo ha terminado. De que se acabó.

Vibra el móvil.

Mensaje de Warren al grupo de 18:

Oliver, ¿te cagaste ayer en mi baño y lo atascaste?

Mensaje de Oliver:

Vete a la mierda.

Mensaje de Kali:

¿Qué hacéis todos despiertos?

Francesca no responde. Había sido un detalle de sus padres comprarle el móvil con la tarjeta británica, pero en Ruma-

nía apenas lo usaba y en Londres todo el mundo se comunica por mensajes. Todos evitan hablar. Eso la pone nerviosa. Los británicos son gente sin sangre en las venas. Y todo es absolutamente caro.

De camino al tren, otro mensaje de Kali, esta vez en privado:
¿Te queda mucho?

Francesca responde:
Estoy de camino.

Kali:
Cesca, no vendrás con Emma...

Francesca:
¡Que no!

Y se acaban los mensajes. La noche pasada, en casa de Warren, Kali la había obligado a prometerle que la acompañaría a Camden ella sola. Que irían las dos temprano.

—Sin Emma —dijo Kali.

—Vale.

—Cesca, sin Emma.

—Que sí, tú y yo solas. ¿Por qué quieres ir?

—Tengo que comprar algo y habrá menos gente por la mañana.

Bonita forma de empezar el primer día de vacaciones. Apurando el café, que ya se puede beber, Francesca no se puede creer que no haya más clases. Que se hayan acabado los exámenes, que haya pasado todo un año en aquella ciudad desconocida. Y ahora ¿qué? Ahora a echar plaza en universidades de Rumanía, o a buscar trabajo y echarla en universidades inglesas. De repente, ya no se siente parte de ningún lugar en